

Maltrato animal, adrependencia y mito del héroe

EL mes de septiembre se suele asociar a muchas cosas, entre ellas la “vuelta al trabajo” y su supuesto “síndrome post-vacacional”, como si el estío fuera un periodo obligado de letargo como hacen algunos animales para superar los rigores del clima de esta época, por cierto cada vez más “rigurosos”. Así, tras un letargo que se extiende a todo el año, los españoles no caemos en la cuenta de que somos un país de maltratadores de animales, hasta que llega el momento del festejo del Toro de la Vega en Tordesillas, una tradición tan arraigada en la localidad como contestada fuera de ella, unas veces con manifestaciones y otras a pedradas, como tristemente ha ocurrido en la última “contienda”.

SIN ser vocacionalmente “animalista” (soy zoólogo pero no me gustan las mascotas, prefiero que los animales tengan su propio espacio y no amoldarlos a los nuestros), en estas páginas me he pronunciado más de una vez sobre el maltrato animal, especialmente en momentos en los que ha estado en el tapete alguna polémica sobre esta temática, casi siempre relacionada con los toros. En este artículo pretendo acercarme a este asunto desde una perspectiva antropológica, sociológica y fisiológica.

Elementos comunes

EL asunto del Toro de la Vega está sazonado con los mismos ingredientes que el más consagrado y blindado asunto de las Corridas de Toros, pese al interés de los partidarios de este último por diferenciar ambos tipos de festejos y tradiciones, como hiciera una editorial del prestigioso diario español El País. Y, desde otra perspectiva, más relacionada con la afición a las apuestas y el combate (ej. boxeo) tampoco es muy diferente de otras tradiciones como las peleas de gallos, y por supuesto no se distancia mucho tampoco de la afición por la caza. Daremos un repaso a los elementos que conectan estas prácticas y discutiremos las justificaciones con las que se pretende apuntalar.

A. TRADICIONES. Efectivamente, todas estas actividades forman parte de lo que genéricamente llamamos “tradiciones” porque se vienen practicando desde tiempos atrás. Otra cosa diferente es que una tradición, por el hecho de serlo, sea justificable moralmente y que nos veamos obligados a asumirla por el imperativo del legado histórico. Con las tradiciones lo que sucede es que hacemos atravesar por una suerte de “túnel del tiempo” una práctica que en otros tiempos, con otras coordenadas sociológicas y morales, podrían pasar por inocentes y dotadas de los valores que entonces eran imperantes, a una realidad actual, en las que sin duda dichas coordenadas han cambiado considerablemente, al menos para una importante porción de la población “bien educada” en los valores imperantes de actualidad. Cuando se atraviesa ese túnel, se produce un fuerte contraste, un choque (*shock*) con la escala de valores morales de la sociedad actual. Y sin embargo, siempre hay una porción de la población actual y civilizada a la que este *shock* no sólo no le impide dar la bienvenida a esa tradición, sino que participa gustosa y animadamente de ella. La razón hay que buscarla en los atavismos antropológicos que todos tenemos y no todos dominamos o no consideramos necesario dominar, como señalo más adelante.

¿ES justificable la defensa de estas actividades por el hecho de ser tradiciones? Es evidente que no, hay muchas otras tradiciones que actualmente repudiamos de forma contundente. Por poner unos cuantos ejemplos: el derecho de pernada de “señor” de un feudo, el ajusticiamiento de reos en la plaza pública, los espectáculos de fieras y convictos. Es verdad que algunos países todavía mantienen algunas de estas tradiciones, pero desde luego no en nuestro “civilizado” país de los toros. Lo que debe dirimir si una tradición se puede mantener, o bien olvidar, no es el hecho en sí de ser o no ser una tradición, sino el que dicha tradición sea o no aceptable moralmente en el marco de nuestros valores actuales. Se supone que son los valores morales los que finalmente determinan o deberían determinar nuestras decisiones y no los instintos y atavismos ancestrales ¿es más importante el valor de diversión que el valor de respeto por la vida? Si fuera así estaría justificado matar al vecino sólo para pasar un buen rato, como de hecho ha realizado alguna pandilla de adolescentes aburridos con algún indigente. El que no hagamos esto con el vecino pero sí con “otro animal” (nosotros y el vecino también lo somos) demuestra una descarnada posición antropocéntrica: “lo importante soy yo, no un animal que he alimentado para finalmente pasármelo bien, aunque sea a costa de su

sufrimiento”. Y claro está, si mato al vecino voy a la cárcel, pero si mato a un toro me halagan las mozas. No hace falta insistir en qué valores se basa el Código Penal.

B. MITO DEL HÉROE. Numerosos investigadores y filósofos han revelado la existencia de patrones culturales comunes en sociedades y culturas muy apartadas en el tiempo y en el espacio, entre los cuales se encuentra el llamado *mito del héroe*. A esta conclusión se llegó en tiempos muy anteriores al fenómeno actual de globalización en los *mass media*, que podría ser la fácil explicación de que culturas tan alejadas en el espacio compartan valores y mitos en la actualidad. El mito del héroe es una metáfora universal, bien reflejada, en nuestra cultura, en la mitología griega, los cuentos, relatos, leyendas, etc. sobre la transformación que experimentan quienes se embarcan en la aventura de conocerse a sí mismos y finalmente, tras un triunfo logrado en una encarnizada lucha, a menudo contra un dragón, logran el reconocimiento de sus padres y la admiración de su pueblo. No hay que insistir en que este mito es androcéntrico, el héroe siempre es masculino, se supone que solo el macho es el que está dotado para hacer frente a los embates de esta aventura. El papel de la mujer forma parte del lote de parabienes y recompensas que recibirá el héroe, como hoy día pasa en algunos deportes, como el ciclismo, cuando el vencedor es agasajado por las multitudes, recibe un premio y un beso de dos bellas damas.

LAS tradiciones que conllevan algún tipo de enfrentamiento entre el hombre y el animal, como son todas las de tipo taurino, reflejan claramente este mito. El toro, como en las leyendas el dragón, representa las dificultades de la vida que tiene que superar el hombre, y aquél que logra abatirlo (sea torero, lanceador o energúmeno) se convierte en un héroe, que será aclamado por el público (reconocimiento social) y premiado de algún modo, como las orejas y rabo en las corridas de toros y la codiciada fama entre sus iguales o los besos de las mozas y la entrega de la insignia de oro al lanceador que arrebató la vida al dragón-toro. Se puede aducir que este atavismo concierne sólo al actor (el supuesto héroe) pero no al espectador. Pero se pierde de vista el fundamento empatizador de todo espectáculo o relato: los espectadores no sólo miran sino que “viven”, repersonalizan esta vivencia, desde su posición de actores pasivos o de imitación.

LOS mitos están ahí, los tenemos en nuestro subconsciente colectivo, en nuestra cultura y es alimentado con los cuentos, leyendas, novelas, películas, etc. Pero podemos reconducirlos y de hecho ya se viene haciendo otro tipo de actividades, como las de tipo deportivo, por ejemplo, que no conllevan ningún maltrato a animales o personas (excluyo por lo tanto a la caza, pesca, peleas de gallo y boxeo como deportes). Hay tradiciones basadas en el mito del héroe que no son tan sangrientas, desde la cucaña hasta el ensartado del lazo, etc. que hunden sus raíces en el medievo.

C. LA ADRENODEPENDENCIA. La adrenalina es una hormona que segregan nuestras glándulas suprarrenales bajo determinadas circunstancias en las que el cuerpo demanda una disposición de nuestros órganos para la defensa o la acción. No es una reacción consciente, y de hecho todos segregamos esta hormona diariamente, cuando vamos a cruzar la calle y de pronto vemos que un coche está demasiado cerca y pita. Lo notamos porque se nos acelera el ritmo cardíaco y respiratorio, la sangre huye de nuestra piel, los músculos se nos contraen y las pupilas se nos dilatan. Y de forma menos intensa pero más constante, cuando vivimos situaciones tensas en nuestro trabajo y en nuestras relaciones sociales, dando lugar a lo que se conoce como estrés, nada bueno para nuestra salud.

PERO el que sea un acto inconsciente no quiere decir que no sepamos provocarlo, por ejemplo dándonos un par de guantazos en la cara, como hacen los que quieren “espabilar” de su estado de reposo, o simplemente saltando al vacío y dejar que la gravedad actúe sobre nuestro cuerpo desencadenando una descarga inusual de esta sustancia. Es lo que hacen los que salta desde un avión (*wingsuit*), desde un puente (*bungee jumping*, más conocido como “puenting”) o, de forma más controlada, subiendo a una montaña rusa o a una noria. La intensidad de estas vivencias es tan fuerte que los que lo viven tienen deseos de repetirlo, por lo que podría ser un caso de adicción al subidón de adrenalina.

SIN embargo, hoy día sabemos que estos procesos son más complejos, interviniendo otras sustancias estimulantes de nuestro cuerpo (catecolaminas) entre las cuales se encuentran los

neurotransmisores implicados en el sistema de recompensa cerebral. Estas hormonas producen la sensación de euforia fisiológica que se experimenta al haber superado un reto. Pero la complejidad psicológica del ser humano convierte esa sensación en algo más profundo: no es necesario haberla experimentado, basta con anticiparla. La finalidad del deseo psicológico no es la satisfacción, es la prolongación, y la liberación de adrenalina, de hecho, está hoy en día más relacionada con la expectativa de la recompensa que con el momento mismo de euforia física. Así pues, aunque no existe realmente el adrenoadicto, porque no es la adrenalina la provoca la adicción al estrés, es seguro que es la que abre la puerta a esta recompensa.

ESTOS procesos se disparan en las gradas de un partido de fútbol o de un espectáculo taurino, no sólo por los actores (toreros, lanzadores, corredores) sino también por los espectadores, como hemos señalado anteriormente, pues el espectador revive, “se pone en el lugar del otro” (empatiza) y por lo tanto desencadena los procesos fisiológicos del mecanismo del estrés o del síndrome general de adaptación. Otro tipo de espectáculos, como el boxeo o las peleas de gallo (todavía legales en Canarias) provoca este tipo de reacciones ya no tanto por la empatía, sino por el vértigo del apostador: mentalmente vive el espectáculo con fuerte estrés no por el sufrimiento del animal o el boxeador, sino por el dinero que está en juego. Incluso en el deporte, este estrés, que también puede estar vinculado a las apuestas (quinielas) frecuentemente se produce por la simpatía hacia uno de los jugadores o equipos.

PERO una cosa es comprender las bases de la respuesta fisiológica de nuestro cuerpo al peligro y otra muy distinta es que esto justifique el sufrimiento animal. Con independencia de que el estrés excesivo produce un desgaste orgánico y nos lleva directamente a enfermedades crónicas, cuando no a la muerte (ej. infarto, ictus), si esta adicción es tan fuerte se puede canalizar a través de otras actividades que no impliquen el sufrimiento animal y humano, como por ejemplo, una montaña rusa.

D. GREGARISMO. Un último ingrediente, de carácter sociológico o etológico, tiene que ver con el efecto de las masas, que aquí denomino gregarismo, que sucede también en otros animales como las langostas. El gregarismo es la tendencia de los animales a agruparse formando manadas, que en el caso del ser humano solemos llamar “grupos sociales”. El ser humano, por más que lo veamos como un ser independiente, no es un animal solitario, aunque tampoco llega a ser tan impersonal como un insecto social, pese a que ciertos relatos como los de Aldous Huxley en su famoso *Un mundo feliz*, nos muestre ambientes de ficción en los que los seres humanos viven como hormigas. El ser humano es más complejo y, aunque en determinadas circunstancias se comporta como un ser gregario, siempre tiene la virtualidad de disgregarse de la comunidad, pese a que el mantenimiento de la vida es mucho más fácil y reconfortante cuando se vive en sociedad. En este sentido, podemos afirmar que el ser humano es gregario por conveniencia, es decir, practica una especie de *gregarismo oportunista*.

EL comportamiento gregario en el ser humano está más que demostrado. Uno de los más famosos lo hemos padecido recientemente cuando reventó la burbuja inmobiliaria. Una burbuja se produce por un comportamiento gregario de imitación (en esta caso en la inversión inmobiliaria), a pesar de que todos conocían las limitaciones del sistema. Ésta es la clave del comportamiento gregario: sus componentes actúan en una misma dirección sin justificación o razón aparente. La primera y última vez que fui a ver un partido de fútbol a un estadio, tal vez por ser novato, me dejó perplejo el comportamiento del público. Si uno se levantaba gritando al árbitro, automáticamente lo hacían los demás, al revés de las piezas de un dominó, si uno empezaba a pitar, lo hacían también los demás. El gregarismo también está detrás de macrofiestas del tipo “botellón”, “quedada”, “sanfermines”, la despilfarradora “tomatina” (con elementos de descoloque, de desmantelamiento de las barreras de la educación y las normas sociales) o el desfile de la Legión. Lo mismo pasa en una corrida de toros y otros espectáculos de crueldad taurina: a las reacciones fisiológicas anteriormente aludidas se añade este efecto gregario.

PERO el comportamiento gregario de una sociedad difiere cualitativamente de otra diferente, lo que significa que aunque su parte instintiva es nata, su contenido es aprendido. Las pautas del

comportamiento gregario son aprendidas en la microsociedad de la familia y luego se va ampliando a otros grupos como la pandilla (de adolescentes) y los pueblos en general. En estas pautas culturales entran las claves de nuestra relación con los animales y todos tendemos a reproducirlas. Así se transmite en el pueblo español la cultura de los toros, se abraza colectivamente como algo natural, consustancial con nuestra cultura, y nos sorprende que otras culturas, con otras pautas culturales de gregarismo, se escandalicen por las nuestras. Sólo cuando las personas reflexionan sobre estas pautas de comportamiento, cuando nos vemos en el espejo gracias a la reacción que provocamos en el otro, cuando dejamos de ser gregarios, es cuando empezamos a relativizar, y finalmente rechazar, estos comportamientos gregarios que fundamentan la tradición. Esto es lo que está sucediendo en la sociedad española, ahora más abierta al mundo, más comunicada con otras culturas y cada vez más distanciadas de tradiciones taurinas que todavía se mantienen por otras motivaciones más espúreas, como la necesidad de singularizar un pueblo con el fin de incentivar el turismo y con ello una actividad económica que de otro modo sería más difícil.

EN conclusión, sabemos las claves del mantenimiento de estas crueles tradiciones taurinas y sabemos que no se sostienen según el código de valores que teóricamente compartimos. Por mucha belleza que se quiera ver en las corridas de toros, éstas no escapan de los mismos elementos, y por tanto de la misma crítica, que los Toros de la Vega. Esta belleza se puede ver en un espectáculo de danza, no tenemos por qué hacer sufrir a ningún animal.